

CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA Y PERCEPCIÓN DEL TERRITORIO: UNA VISIÓN DIACRÓNICA DEL PAISAJE DE VALLADOLID Y SU ENTORNO

Luis Santos y Ganges*

En los inventarios -o estudios del medio- propios de la primera fase de cualquier plan territorial suele incluirse el epígrafe «paisaje». En algunos casos aparece como el colofón del estudio del medio físico o natural, obviando el determinante papel de las sociedades humanas en la configuración del paisaje y errando, por tanto, en su caracterización. En otros casos, el paisaje se concibe simplemente como panorama visual o conjunto escénico.

Con motivo de la elaboración del Avance de las Directrices de Ordenación Territorial de Valladolid y Entorno (DOTVAENT) por un equipo del Instituto de Urbanística dirigido por Juan Luis de las Rivas, nos planteamos realizar un inventario territorial donde el epígrafe «paisaje», sin menoscabo de los aspectos visuales y sobre la base de la enorme relevancia de los aspectos naturales, contuviera una explicación histórica. El paisaje se modela y se concibe en el tiempo de formas diversas. El presente texto es un resumen de las aportaciones en esta materia a las DOTVAENT.

Este texto no persigue sino explorar -sobre la base de un caso concreto, el paisaje de Valladolid y Entorno¹- el interés o la necesidad de estudiar los cambios que experimenta el espacio geográfico a lo largo del tiempo, con el fin de mejorar el conocimiento que se tiene de un determinado territorio concebido como región-plan.

Hemos de partir de la convicción de que el estudio del paisaje no es simplemente el análisis visual desde la perspectiva ingenieril (componentes y

* Geógrafo. Universidad de Valladolid (España).

¹ Se entiende aquí por entorno de Valladolid a los siguientes municipios: Santovenia, Fuensaldaña, Mucientes, Cigales, Cabezón, Renedo, Castronuevo, Laguna, La Cistérniga, Tudela, Aldeamayor, Boecillo, Viana, La Pedraja, Valdestillas, Villanueva, Geria, Ciguñuela, Arroyo, Simancas, Villanubla y Zaratán, en concordancia con el ámbito delimitado por el Avance de Directrices de Ordenación Territorial de Valladolid y Entorno.

elementos, intervisibilidad, etc), sino que han de tenerse siempre en cuenta el factor de complejidad (la mixtura y conjugación de usos), el factor escénico (la disposición de las partes y el panorama), el factor histórico (las herencias y las inercias) y, sobre todo, el significado geográfico. De entre estas visiones del paisaje, nos interesa destacar aquí la enorme relevancia de la visión diacrónica para la comprensión del paisaje actual, en la doble perspectiva de la evolución (conformación histórica) del paisaje mismo y de la percepción que de éste han tenido las sociedades que lo han construido².

La caracterización fisiográfica de Valladolid y su entorno puede centrarse en su condición de encrucijada natural, de espacio de confluencia de valles y ríos -y por tanto de corredores naturales- donde el agua es un recurso relativamente abundante. Evidentemente, estamos ante un espacio de llanura, en el centro de la cuenca sedimentaria de Castilla la Vieja, donde las unidades básicas de paisaje son los páramos, las cuestas, las terrazas fluviales, los fondos de valle y la campiña.

La humanización del área central de la cuenca del Duero, y en concreto del entorno de Valladolid, puede considerarse como un ininterrumpido proceso en el que la agricultura es una práctica milenaria; la transformación del paisaje original, que corresponde al predominio del encinar, el quejigar, el pinar y las comunidades de ribera, tiene una larga trayectoria. Los campos de cultivo han sustituido a la vegetación natural, que ha quedado desfigurada y reducida a bosquetes de frondosas, a ciertos sotos de ribera y a algunos pinares. Por contraposición, en amplios sectores se ha favorecido históricamente la expansión del pinar, a lo que hay que sumar los cultivos de chopos y las arboledas lineales creadas en torno al sistema de acequias.

El paisaje, en suma, ha experimentado fuertes cambios de la mano de las sociedades humanas. El paisaje no es estático, sino que es a la vez herencia de nuestros ancestros y producto de nuestra sociedad actual. Por ello, es precisa una visión dinámica que ayude a comprender el paisaje actual y la posibilidad de adaptarlo a las necesidades y estrategias de la sociedad.

En principio, la desaparición de los ecosistemas naturales supone un empobrecimiento ecológico por pérdida de diversidad. En este sentido, la deforestación histórica que ha sufrido la comarca ha sido muy intensa y, en cierto modo, también inevitable. Pero más grave ha sido y sigue siendo, por poco justificada, la eliminación de la vegetación residual que ocupaba los cauces de arroyos, ribazos y lindes. Una práctica arboricida que afecta muy negativamente a la fauna y empobrece el paisaje.

² Sobre la evolución del paisaje destacan las aportaciones de historiadores como Valdeón, Bennassar o Reglero, así como el sintético texto del Ingeniero GORDO ALONSO, Javier, «Evolución histórica del paisaje vegetal», *Segundo Inventario Forestal Nacional 1986-1995. Provincia de Valladolid*. Madrid, ICONA, 1995. Por otro lado, en general, no abundan los estudios sobre la percepción del paisaje castellano y de Valladolid en particular, pero es una valiosísima aportación la obra del Geógrafo GARCÍA FERNÁNDEZ, J., *Castilla (entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*. Madrid, Edit. Espasa, 1985.

Varios son los procesos que originan la ausencia de vegetación natural en grandes extensiones del terrazgo, sobre todo los campos de secano: la eliminación de la vegetación de las lindes en las concentraciones parcelarias, la quema de rastrojos y malezas, y la equivocada política de saneamiento de cauces, donde aún pervive una visión trasnochada de la ingeniería civil, que ha convertido a los cursos de agua en meros canales de evacuación.

Tan intensa ha sido la transformación del campo durante el último siglo y medio como durante muchos siglos precedentes. Afortunadamente, se salvaron muchos montes en Valladolid y entorno. Los montes públicos, tradicionales o reforestados, son un gran activo patrimonial, paisajístico y natural que es preciso valorar y potenciar. Por otro lado, también debemos reseñar los déficit, sobre todo por los numerosos montes desaparecidos (el monte de Tudela, el monte de Castronuevo, el monte de Zaratán, etc) y por la práctica inexistencia de superficie forestal arbolada en términos como Fuensaldaña o Villanubla.

En cuanto a los valores paisajísticos de otros elementos introducidos por el hombre, debe destacarse la importancia de las arboledas lineales que acompañan a los canales y acequias, que se suman a las riberas de los ríos. En diversas ocasiones -como el Canal del Duero frente al Río Esgueva- los canales son quienes introducen contraste, variedad y color entre el terrazgo con sus líneas de chopos y otros árboles. De ahí que los bosques de galería son un buen activo paisajístico, pero desigual en su estado actual, aunque en cualquier caso siempre se comportan como una oportunidad de enriquecimiento del paisaje.

La evolución del paisaje

Ya mucho antes de la conquista de Iberia por las legiones romanas, el centro de la cuenca del Duero estaba explotado por los vacceos, cuyas actividades agrícolas y ganaderas contaban con arraigo en el territorio. En los primeros siglos de nuestra era se desarrolla una intensa explotación agrícola sobre la base de numerosas villas romanas en el Valle del Pisuerga.

La deforestación para disponer de nuevas tierras de cultivo es, por tanto, un proceso que arranca del neolítico y se prolonga en el tiempo hasta la actualidad. La Tierra de Campos y el valle del Pisuerga son espacios dedicados a usos agrarios desde hace más de veintitrés siglos, mientras que los páramos y las campiñas arenosas del sur del Duero son espacios donde el monte siempre ha tenido una importancia sobresaliente.

El terrazgo en el llamado Antiguo Régimen fue siempre predominantemente de secano, siendo el cultivo cerealista el mayoritario, ocupando un rango inferior las leguminosas y el viñedo. La explotación de los cultivos herbáceos se basaba en el sistema de año y vez, o por la modalidad al tercio si las tierras eran de peor calidad.

Así, las superficies cultivadas, respecto del total del terrazgo, se veían reducidas de tal forma que los barbechos eran un aspecto muy destacado de los labrantíos. A pesar de ser el partido de Valladolid un territorio donde las aguas están presentes de diversas formas, la agricultura de regadío ocupaba una mínima parte, según los datos del Catastro de Ensenada³. Los cultivos dominantes eran: trigo, cebada, centeno, avena, algarrobas, garbanzos, lentejas, guisantes, etc, siendo el viñedo un cultivo que raramente estaba ausente en los pueblos, agrupados en algunos pagos, allí donde los suelos eran menos capaces de producir cereales.

Pero era en los valles, las cuestas y la campiña donde la agricultura se daba en toda su intensidad, mientras que los páramos eran considerados como espacios proveedores de pasto para el ganado y de madera y leña. Los páramos estuvieron durante siglos cubiertos de bosque⁴. Por un lado, la limitación impuesta al libre pastoreo en el territorio vallisoletano condiciona de algún modo la utilización de los páramos próximos como pastizales, y por otro, está documentado el aprovechamiento de los montes del Páramo de Torozos para madera, leña y carbón vegetal (cisco o picón de encina).

El aumento de la población fue paralelo al de las roturaciones y degradación del monte, por lo que pronto se hizo necesario regular sus aprovechamientos. La continua presión sobre el bosque obligó a dictar normas para proteger el arbolado de los montes adhesionados, al objeto de garantizar su persistencia y la de sus pastos⁵. Están documentadas, desde principios del siglo XVI hasta el XVIII, cartas y provisiones reales que prohibieron la tala y descepe de los montes y ordenaron plantar montes y pinares en Valladolid y su entorno, lo cual induce a pensar que el problema persistió.

Se prefería la encina y el roble para el páramo, el pino para la campiña y el almendro para acompañar o sustituir al viñedo. El pino preferido era el albar o piñonero, en detrimento del negral, más sometido al aprovechamiento de madera y leña.

A principios del siglo XIX aún se mantiene una agricultura de carácter tradicional y extensivo, fundamentada en el cereal de secano cultivado por el sistema de año y vez, junto a huertas, pagos de viñedo, prados y montes, además de una relevante cabaña lanar. Pero el advenimiento de la burguesía al poder político supone un cambio en la consideración de los recursos.

La llamada Desamortización supuso un cambio la estructura de la propiedad

³ *Las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada* (1752) describen a Valladolid como «tierra de secano, de sembradura, viñas, pastos, bosques, matorrales, montes y pinares».

⁴ Según BENNASSAR, B., «Los páramos eran grandes espacios carentes de cultivos, considerados en el siglo XVI como reservas forestales de Valladolid», en BENNASSAR, Bartolomé, *Valladolid en el Siglo de Oro. Una ciudad de Castilla y su entorno agrario en el siglo XVI*. Ayuntamiento de Valladolid, Fundación Municipal de Cultura, 1983.

⁵ Según GORDO ALONSO, J., *op. cit.*

del suelo que implicó profundos cambios fisonómicos en el paisaje⁶. A principios del presente siglo, las tierras de cultivo han aumentado a costa de los llamados baldíos, de los montes y los eriales. Muchos montes de quercíneas fueron descuajados en beneficio del terrazgo y algunos otros fueron acondicionados como dehesas y explotados para conseguir pasto para los ganados.

En la etapa desarrollista de los años sesenta del siglo XX se produce una nueva pérdida de superficie forestal arbolada para ser dedicada al cultivo agrícola, fenómeno que alcanza también a muchos montes públicos. Con todo, las repoblaciones de la administración forestal en la segunda mitad de este siglo han supuesto el crecimiento de los pinares de pino albar y negral, además de la creación ex novo de montes de pino carrasco, sobre todo en las cuestas de los páramos.

El paisaje percibido

Los autores del Siglo de Oro

Según Bennassar, muchos observadores del Siglo de Oro, como Fernando Colón, Andrés Navagero, Pedro de Medina, Enrique Cock, Dámaso de Frías o Antoine de Lalaing, coincidieron en sus alabanzas a la fertilidad y riqueza de las tierras de Valladolid⁷.

Navagero⁸ (o Navagiero o Naugerio) hace referencia a la espesura de las riberas del Pisuerga (si bien poco arbolada en contraste con la ribera del Duero a la altura de Tudela) y a la fertilidad de las tierras de la dilatada campiña.

⁶ Según GORDO ALONSO, J., *op. cit.*, «La tierra pertenecía en buena parte a las manos muertas, formada por la Nobleza, la Iglesia y los Concejos. En los Montes de Torozos casi el 85% del espacio productivo pertenecía a estos tres tipos de titulares; [...] y en la Ribera del Duero el 60%. [...]. El período desamortizador fue muy largo en la provincia de Valladolid, desde 1820 hasta 1907, fecha en la que se vendieron los últimos montes de propios, significando una alteración sensible de la estructura de la propiedad y una evolución de la actividad agrícola hacia una economía de mercado. El resultado del proceso generó una estructura de la propiedad diferente, desaparece la Iglesia como titular de bienes, se inicia la venta de los propios y comunes y la propiedad de la Nobleza, a la vez que se incrementa, continúa en sus manos. Se consolidan las figuras del pequeño y mediano labrador, que poseía de 20 a 50 hectáreas de tierra, a costa de llegar a endeudarse y aparece el propietario urbano que explota directamente sus tierras o las arrienda».

⁷ Cita de BENNASSAR, B., *op. cit.* Algunos textos de estos y otros autores se encuentran en: MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José, *Valladolid, grabados y litografías*. Valladolid, Edit. Grupo Pinciano y Caja de Ahorros Provincial de Valladolid, 1988.

⁸ NAVAGERO, Andrés, *Viaje a España del magnífico micer Andrés Navagero, 1524-1526*. Citado por Martín González.

Lalaing⁹ describe el valle del Pisuerga como muy abierto y muy fértil.

Cock¹⁰ resalta el valor que se da al Prado de La Magdalena, donde hay buenas carreras y alamedas con frescura por pasar allí el Esgueva.

Colón¹¹ dice de la comarca vallisoletana que es una Tierra de pan y cerrillos. Una peculiaridad la de los cerros, altozanos u oteros muy propia de los páramos calcáreos de la zona central de la cuenca del Duero. También Navagero advirtió la relevancia de los cerros en el paisaje y en la configuración de algunos lugares como Portillo, Nuestra Señora del Prado y otros. Estos cerros muestran en ocasiones nada infrecuentes los materiales arcillosos grises y ocre, de donde se obtiene el barro para fabricar adobes para construir las casas. Lalaing se muestra sorprendido por la abundancia de casas de adobe en Cabezón, un material que le parece feo. Podemos suponer que Valladolid y los pueblos del entorno también tendrían numerosas casas y tapias de barro.

Antonio Ponz. Referencias paisajísticas 1783

La vasta obra de este ilustrado viajero, con una pretensión de objetividad y una capacidad para describir y criticar dignas de encomio, refiere algunos apartados a Valladolid y su entorno¹². Ponz realiza su viaje de tal forma que entra en el área de estudio por La Parrilla, pasa por Tudela de Duero, La Cistérniga, Valladolid, Montes de Torozos, Fuensaldaña y Cabezón para seguir hacia Palencia por el valle del Pisuerga.

De Tudela y en general de toda Castilla, critica la excesiva presencia de viñas (incluso en las cuestas y el páramo). Del páramo de La Parrilla dice que es tierra agria, páramo y sólo buena para pastos y algunos centenos. Pero lo que destaca de lo comentado acerca de Tudela es la variedad, la frondosidad y la riqueza: las márgenes están frondosas de álamos blancos, negros y otros árboles. La vega, muy particularmente hacia el Mediodía, está cubierta de viñas, porción de pinares, frutales, etc., en las huertas, que se riegan con manantiales. No vuelve a hablar de frondosas arboledas hasta llegar al monasterio de Palazuelo, ya pasado Cabezón.

De camino entre Tudela y Valladolid, señala la existencia de viñas a un lado y otro del camino, hasta que, antes de La Cistérniga, sitúa unos cerros pelados y algunas tierras labrantías.

⁹ LALAIING, Antoine, *Relation du premier Voyage de Philippe le Beau en Espagne*, 1501. Citado por Bennassar.

¹⁰ Según el fragmento recogido en MARTÍN GONZÁLEZ, J.J., *op. cit.*

¹¹ COLÓN, Fernando, *Descripción y Cosmografía de España*. Citado por Bennassar.

¹² Nos referimos al Tomo Undécimo de *Viaje de España*, editado en Madrid en 1787 (2ª edición corregida), que hemos consultado en la edición de Aguilar Maior, Madrid, 1988, así como en *Valladolid en el «viaje de España»* (1783). Valladolid, Grupo Pinciano, 1993.

En cuanto a Valladolid, describe el lugar como un amplio valle apto para el cultivo, una dilatada y ancha vega (más tarde Jovellanos señaló con sencilla claridad que Valladolid se emplazaba en una ribera despejada y fértil) donde las abundantes aguas no son suficientemente aprovechadas para el bien de muchas huertas en su campiña.

La presencia de agua abundante en el centro de la seca Castilla de las llanuras no pasa inadvertida en absoluto:

No parece que pueda darse cosa más a propósito que este valle para árboles, pues a cada paso se ven manar caudalosas fuentes en la ribera del Pisuerga, y a poco trabajo se sacan en él fuentes y norias perennes; de modo que se tiene por cierto que, si se buscasen otras en las faldas de los collados que forman el valle, se encontrarían arroyuelos utilísimos a la fecundidad. Es tal el beneficio que logra Valladolid en cuanto a la buena proporción de aguas, que en las más de sus casas hay pozo de manantial corriente, clara y de buen sabor, usándolas en muchas para beber, sin necesitar de las fuentes. Hay también manantiales de agua dentro de los muros de la misma ciudad.

Cuando habla de la calidad de las tierras, que no se reputa de mucha sustancia, tras advertir la presencia de terrenos arenosos y cascajosos en el valle del Pisuerga, destaca la buena calidad de las tierras del Valle del Esgueva.

Respecto a las cuestas de los páramos (cordillera de collados poco elevados) en sus sectores altos, el autor llama la atención acerca de cuán pelados están y sin provecho. Es decir, ya en el siglo XVIII las cuestas se encuentran totalmente desarboladas (y se han mantenido así hasta las reforestaciones de la segunda mitad del presente siglo). Respecto a los páramos, que son definidos como territorios llanos y dilatados, se describen sus usos habituales; antiguamente coronadas de montes, con mucho pasto y caza, el terrazgo va ocupando terreno (centeno y trigo). De los Montes Torozos dice, con visión histórica y también predictiva:

Es una cordillera de lomas no muy elevadas y de valles tampoco muy profundos, que casi divide por medio a Castilla la Vieja en dos partes [...]. Dicha cordillera no se encuentra hoy tan poblada ni tan continuada de árboles como se supone haber sido antiguamente, aunque hay trechos que cuentan leguas de espesura y las plantas son, regularmente, carrascas, encinas, robles, y en las praderas, fresnos con otros arbustos [...] desde entonces hasta ahora ha ido en mayor decadencia y que, probablemente, se destruirá con el tiempo, si no se toman otras medidas.

Y así ha sido, en efecto, puesto que tan sólo restan algunos montes en el páramo de Torozos de una forma minoritaria.

Pascual Madoz. Referencias paisajísticas 1845-1850

La fuente sistemática y de primer orden para el siglo XIX, que de alguna manera muestra el paisaje de Valladolid y su entorno, es el conocido Diccionario

Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar de Pascual Madoz (1845-1850)¹³.

Resaltemos en primer lugar la existencia de pinares en numerosos espacios: Aniago, Boecillo, Fuentes, Herrera, Laguna, La Pedraja, Puente Duero, Simancas, Tudela, Valdestillas y Viana. También destacan algunos montes de encina y roble (quejigo) en distintos lugares: Aniago, Boecillo, Cigales, Fuentes, Mucientes, Puente Duero y Tudela. Algunos de estos montes son explotados para el carboneo (Boecillo y Puente Duero), lo cual explica en parte su degradación actual. Existen además diversas dehesas arboladas, como la de Zaratán. Por contraposición, se señala la práctica inexistencia de leñas (monte talado) en Cabezón, mientras que de Castronuevo, Ciguñuela, Fuensaldaña, Geria, Renedo y Villanubla nada se dice respecto a la existencia o no de montes. Los pastizales (yerbas de pasto) estaban presentes en todos los lugares como espacios indispensables para el mantenimiento del ganado.

En cuanto a la producción agrícola, hemos de hacer hincapié en que prácticamente todos los pueblos tenían sus pagos de viña y producían vino. Madoz destaca, sobre todos los pueblos del entorno de Valladolid, Cigales y Tudela en cuanto a su producción, además de Aldeamayor, Boecillo, Fuensaldaña, Fuentes, Herrera, Mucientes y Villanueva. Por el contrario, llama la atención que no cite la producción de vino en algunos términos, como por ejemplo Valdestillas.

Son producciones indispensables y generalizadas tanto los cereales (trigo, cebada, centeno y avena) como las legumbres (lentejas y garbanzos). En algunos lugares se producía morcajo, que no es sino una mezcla indiscriminada de trigo y centeno, que se sembraba, recogía y molía como tal. Otras producciones son las patatas, guisantes, habas, judías, melones y sandías, ajos, cáñamo y sobre todo algunas leguminosas utilizadas mayormente como forrajes: yeros, guijas, muelas y algarrobas (estas últimas no deben confundirse con el fruto del algarrobo).

En cuanto a hortalizas, Madoz tan sólo señala los casos de Cabezón, Tudela, Valdestillas, Villanueva y Zaratán, mientras que para los frutales son señalados El Abrojo, Fuentes, Herrera, Simancas y Tudela. En un caso (Geria), aparece el zumaque como producción; un arbolito cuyos contenidos en taninos lo hacían interesante para obtener curtientes. También se produce la rubia, planta que servía para obtener colorante, en Aldeamayor, Tudela, La Pedraja y Valdestillas. Están documentadas en el siglo XVIII plantaciones de rubia en La Pedraja, Tudela, Valdestillas, Laguna, Renedo y Valladolid, en los suelos sueltos¹⁴.

Por último, en cuanto a la presencia de agua, señalemos que las lagunas de Laguna de Duero y Aldeamayor de San Martín tenían el aprovechamiento de la sal,

¹³ Hemos consultado la edición facsímil, editada por provincias, de la Editorial Ámbito, Valladolid, 1984.

¹⁴ COLÓN DE LARREÁTEGUI, J.J., *Informe sobre los gremios de Valladolid*. Valladolid, 1781. Citado por Bennassar, *op. cit.*

en manos públicas, mientras que las de La Pedraja de Portillo son consideradas lugares insalubres, de aguas corruptas en verano. Por otro lado, por lo que se refiere a los ríos, son sobresalientes las anotaciones sobre la riqueza piscícola. A pesar de las contradicciones y vaguedades que se aprecian, debemos resaltar la presencia de anguilas precisamente en cursos de agua como el Esgueva, el Pisuerga y el Duero. También había algunas truchas en el Pisuerga, así como cangrejos en el Esgueva. No es preciso señalar que hoy en día no se da ninguna de aquellas circunstancias. Finalmente, vuelve a llamar la atención que Madoz, como antes Ponz, dejara patente la abundancia de las aguas superficiales y subterráneas en el término de Valladolid.

El punto de vista de los viajeros europeos del XVIII y XIX

Las extensas y desarboladas llanuras se han constituido como el arquetipo uniformizador de los paisajes castellanos desde que los libros de viajes de autores europeos del XVIII establecieron el cliché de la parda Castilla, matizado posteriormente por los escritores españoles de la generación del noventa y ocho, quienes consagraron la imagen mítica de Castilla. La Castilla verde parecía entonces no existir.

David Mitchell muestra, en su libro *Viajeros por España*, las diversas visiones de los viajeros europeos acerca de España¹⁵. En buena parte de éstas aparecen los conceptos de desolación, despoblación y pobreza, convertidos a veces en prejuicios. Los libros de viajes reflejan la idea, tal vez pesimista, de una Castilla sin vida, devastada. Con todo, hubo autores viajeros como Alexandre de Laborde o Richard Ford, con mayores pretensiones de objetividad.

Sir John Talbot Dillon, fisiógrafo irlandés del siglo XVIII, expuso -según Mitchell- la siguiente visión de Castilla: una tierra pelada y triste, con gran necesidad de árboles que los castellanos quitan alegando que los árboles atraen a los pájaros y los pájaros se comen las cosechas; esta ignorancia choca con el amor que otros países sienten hacia el arbolado pues saben que proporciona buenas sombras y mantiene la humedad del suelo. Por su parte, el reverendo Edward Clarke decía de León: una desnuda, terrible y árida tierra, un horror. Son, de esta forma, la monótona desnudez del paisaje y sus corolarios, cultura arboricida, escasez de recursos, espacio intensamente humanizado pero escasamente ocupado, etc, los aspectos que definen la idea de la Castilla parda.

Théophile Gautier es el escritor más relevante en la creación de esta idea. Describe el trayecto de Burgos a Madrid pasando por Valladolid, en su viaje realizado en 1840¹⁶. Del valle formado por los cursos bajos del Arlanzón y el Arlanza desde

¹⁵ MITCHELL, David, *Viajeros por España; de Borrow a Hemingway*. Madrid, Edit. Mondadori, 1989.

¹⁶ GAUTIER, Théophile. *Voyage en Espagne*, 1ª ed. Paris, 1845. Trad. *Viaje por España*. Barcelona, Editorial Taifa, 1985.

Burgos hacia Torquemada, pero con una intención generalizante, Gautier dice: La comarca que estábamos atravesando tenía un aspecto extrañamente salvaje: llanuras inmensas, áridas, sin un solo árbol que rompiera su monotonía, acabadas en montañas de un amarillo ocre, a las cuales ni la lejanía lograba dar un tinte azulado. De vez en cuando cruzábamos pueblecitos terrosos construidos con barro, la mayor parte en ruinas. Estamos ante una visión tan imparcial como influyente en la creación del arquetipo de paisaje castellano (amplitud, aridez, monotonía, decadencia...) siempre relacionado con sus peculiares gentes.

En su viaje hacia el sur de Valladolid, Gautier describe la Tierra de Pinares, aun a pesar de que ya no se trata de la Castilla parda (realmente es una vasta campiña de pinares), con los mismos caracteres comunes (aridez, soledad, desolación) que las desnudas llanuras cerealistas:

Al salir de Valladolid el paisaje cambia de aspecto y tornan a reaparecer las landas; diferenciándose éstas de las de Burdeos en que de cuando en cuando, tienen grupos de encinas verdes achaparradas y en que sus pinos son más anchos de copa, con una forma semejante a la de mi paraguas. Aparte de esto, la misma aridez, la misma soledad, el mismo aspecto de desolación; de trecho en trecho, montones de escombros que llevan el nombre de pueblos, quemados y devastados por los facciosos, en donde vaga algún que otro habitante desharrapado y de rostro macilento.

El primer tercio del siglo XX: la valoración de lo castellano

Machado, Azorín, Baroja, Unamuno y otros grandes escritores españoles de principios de siglo desempeñaron un papel primordial y ambivalente en la justa definición y valoración de los paisajes castellanos. Por un lado, rompían con el cliché decimonónico y con la tradición erudita y presentaban visiones libres de prejuicios heredados, mientras que por otro lado contribuían a consolidar el prototipo de la ancha Castilla y de los pobres y altivos castellanos, construyendo o reinterpretando el sentido de Castilla en España¹⁷.

Castilla es reinventada y revalorizada por los literatos españoles; la generación del noventa y ocho descubre y exalta una visión de los paisajes castellanos. Se mantiene la palpable valoración de región depauperada, de grandes soledades, donde las notas de monotonía y aridez muestran la imagen de estepa desolada; es la Castilla en ruinas, enquistada en sus glorias pasadas, pero se advierte un paulatino cambio de perspectiva. Ya no estamos ante el desierto de cielos plúmbeos, donde no existe el color ni la vida. Es decir, se rompe con la visión de algunos viajeros de Europa occidental en aras del regeneracionismo. La Castilla parda y devastada pasa a ser poco

¹⁷ Es el caso de pensadores de diversa talla y sentido como Julio Senador, José Ortega y Gasset o Ramón Menéndez Pidal.

a poco considerada como la Castilla amarilla y adusta, con todos sus matices y diversidad. Así, la comisión que organizó un homenaje en 1926 al pintor vallisoletano Aurelio García Lesmes (mi tío abuelo, el pintor del terruño vallisoletano, valorado por sus excelentes paisajes de las llanuras cerealistas), formada por Ramón Pérez de Ayala, Ramón del Valle-Inclán, Anselmo Miguel Nieto, Julio Romero de Torres, Pío del Río Hortega y Juan Cristóbal, trasladó a la prensa un escrito en el que destacamos lo siguiente:

«[...] A partir del escritor galo Gautier, el paisaje castellano venía siendo un cliché literario, una abstracción estereotipada, parda monotonía, ausencia absoluta de color y matiz, dechado de lo antipictórico. No se reconocía en el paisaje castellano sino emociones de orden moral, estoicismo, dignidad mística, infinitud de horizontes [...] (la pintura de García Lesmes) ha revelado [...] que la tierra castellana, según el sesgo con que la luz celestial extiende sobre ella su caricia, posee gradaciones no menos ricas, suaves y sutiles que el oro viejo, la madreperla, la rosa o la piel virginal».

Por su parte, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, también incide en la ruptura con la visión decimonónica al realizar una crítica sobre el mismo pintor:

«[...] Castilla, la parda Castilla de los tópicos literarios, se deshace, desaparece de un golpe bajo el pincel mágico de García Lesmes y en su lugar esalzada otra Castilla, más verdadera: fina, luminosa, plena de colorido como es la verdadera Castilla, como la ve, como la siente el artista».

Castilla, no tiene paisaje, dicen unos, Castilla es el desnudo del paisaje, dice García Lesmes, y la pinta y la siente, como la ve, como es en realidad, interpretando el alma de la llanura y haciendo elevar su espíritu a través de sus lienzos.

Regoyos dijo que Castilla es impintable, opinión que dio origen a una polémica de la que queda una carta de éste a Lesmes, en que dice: «Me marcho al país verde, porque el país amarillo no me dice nada»[...]. Y entonces, «el país amarillo» surge, fino, lleno de color, aun dentro de la austeridad mayestática de sus llanuras.

Interesa en el presente apartado no ya la visión que se tenía y se tiene de las llanuras de Castilla sino más bien de su centro, de Valladolid y de su entorno. En este sentido, los escritores vallisoletanos de la primera mitad de este siglo, en la línea que glosábamos anteriormente, nos muestran aspectos comunes del paisaje percibido. Destaquemos el siguiente texto del profesor y escritor vallisoletano Narciso Alonso-Cortés¹⁸:

¹⁸ ALONSO-CORTÉS, Narciso, «Aurelio García Lesmes», *Catálogo de la Exposición Rincón de Arte*, de Meseta. Valladolid, Abril de 1950.

«[...] En esa quietud del llano, incomparable sugestión pictórica, parpadea la indecisa vaguedad del crepúsculo o esplende la fulgurante luz del mediodía, pero siempre nimbadas de cierta inefable expresión, entre melancólica y serena, que no es sino la poesía de los campos de Castilla. Basta a su mágico pincel imprimir un ligero cambio en la suprema horizontalidad del paisaje, para que la idea inspiradora halle nuevos matices emotivos [...]».

Así como en nuestros poetas se encuentran rasgos descriptivos y morales que recogen el hábito de la tierra castellana -Zorrilla en Soledad del campo, Núñez de Arce en el Idilio, Ferrari en Las tierras llanas, Cano y Masas en ¡Velay!-, así García Lesmes condensó en sus cuadros la quintaesencia del llano. Grandes pintores tenemos en Castilla y algunos de ellos han llevado a sus lienzos los paisajes regionales con tanto verdad como belleza. En ellos puede verse lo que son nuestros campos en su aspecto más riente y ameno. García Lesmes buscó la inspiración en la parte más sintética, más desnuda, más escueta de ese paisaje, de ese mar de tierra «que sin términos ni orillas se dilata en derredor», y por ello le corresponde con justicia la calificación de pintor del terruño.

No sin razón un crítico, al evocar recientemente las palabras de José Francés, según las cuales García Lesmes es el «pintor incomparable de los tendidos campos de Castilla», dotado de «un aliento epopéyico», consideraba a nuestro pintor como uno de los ángulos vitales en la representación simbólica del solar castellano.

Estamos entonces ante un paisaje vallisoletano donde, a pesar del cambio de perspectiva, el paisaje estival de las llanuras cerealistas, desnudo, relativamente seco (amarillo) y con amplias vistas, predomina sobre el paisaje verde de las arboledas de ribera, de los amplios e históricos pinares, de las huertas e incluso de la totalidad del campo de Valladolid y entorno durante la primavera. El paisaje verde y de textura gruesa no es considerado por la población como propio o representativo. Recordemos que el excelente pintor García Lesmes, aunque realizó diversos óleos de riberas, jardines y campos verdes, se hizo justamente famoso con cuadros de campos de cereal en el estío, cuyos temas reales se encuentran en el entorno de Valladolid; cuadros como Campos de Fuensaldaña, Campos de Zaratán, Rastrojos, Trigos, La vuelta de la siega, Mediodía en Castilla, La Bambilla, Paisaje veraniego, Tesos de Cabezón, Mucientes, Cuesta de La Maruquesa, Camino de Villanubla, Eras de Zaratán, Cabezón, El cerro del tomillo, Afueras de Valladolid, etc. Se trata, en cualquier caso, de una visión moderna -optimista o fiel a la realidad- del desnudo paisaje de los campos de cereal, sin arbolado ni linderos. De ahí el enorme interés que tiene la pintura de García Lesmes para comprender el paisaje de principios de siglo; estamos ante estampas de la realidad, ante un realismo que es fiel al paisaje percibido del natural y ante una técnica post-impresionista fundamentalmente colorista, alegre y luminosa.

He aquí otros comentarios de la crítica a la pintura de García Lesmes que sirven para aprehender la nueva concepción del paisaje de las llanuras cultivadas de Castilla:

«[...] La Castilla que tú ves y nos haces ver a los demás conforta el ánimo y acaricia sin rumor de frondas, pero sin sequedad de yermo; sin molicie, pero sin miseria; la Castilla que se presente en aquel libro, olvidado injustamente, de Macías Picavea, Tierra de Campos, y que las miradas indiferentes de los viajeros ven a través de los cristales del vagón desdoblarse en anchos, largos kilómetros de sembradío feraz y de soledad arrogante [...]».

FRANCÉS, José, «Elogio del pintor castellano Aurelio García Lesmes», en *Nuevo Mundo*, 7 de noviembre de 1931.

«[...] Aurelio García Lesmes es el pintor de las llanuras [...]. Pero no es el pintor de esa Castilla escueta, tosca y áspera, de la que se ha hecho un lugar común literario; es el descubridor de una Castilla moderna [...].

Porque Castilla no es uniforme de color, como equivocadamente se cree. Castilla es un manantial inagotable de tonos, de finos matices [...]. Todo es soledad en aquellas tierras; parece como si se labraran tan extensos terrenos por arte de encantamiento [...].

Luminosas, enormemente luminosas, son las planicies castellanas de Aurelio García Lesmes [...]. Sin embargo, no hay blancos [...] y es que los mismos pueblos nacen de la tierra que los sostiene y existe aparentemente esa uniformidad luminosa que ha servido de punto de apoyo a esa falsa leyenda de la parda Castilla».

GUTIÉRREZ NAVAS, «Aurelio García Lesmes», en *Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes*, Año VI, nº 51. Madrid, julio de 1927, pp. 232-235.

«Rastrojos es la revelación de la llanura castellana, tendida al sol implacable de verano. En el cielo, de un azul denso y etéreo, se inmovilizan blancas nubes. Leves sombras claras y transparentes puntean los dorados rastrojos. A lo lejos rojea una loma poco pronunciada. Contadas figuras dan la nota oscura, que dista mucho de llegar a negra. Estos campos de leyenda, campos épicos, mudos escenarios de epopeyas [...]».

VEGUE Y GOLDONI, Ángel, «Crónica de arte: la Exposición Nacional», Apartado sobre García Lesmes, en *El Imparcial* del 28 de mayo de 1926.

«Hasta aquí no veíamos paisaje en Castilla, solamente el color «del sayal del franciscano», y las notas de monotonía y aridez... Y he aquí, que García Lesmes, sin falsear la realidad y sin recurrir a ningún efecto que no sea puramente pictórico, nos presenta la llanura tan bella e interesante, a la vez que recia y varonil, que se eleva a categoría estética.

Maravilla que de un asunto tan desestimado estéticamente como la llanura castellana, pueda componerse una sinfonía de colores tan bella: en primer término un rastrojo; al fondo, tierra y más tierra, después el cielo de un solo azul. Nada más. Pero, la privilegiada retina del artista ha captado tal variedad de tonos, matices tan suaves, delicados y exquisitos, que encantan...».

PARDO, Gaspar, «Un pintor de Castilla», en *Heraldo de Zamora*, 7 de octubre de 1926.

Nos interesan también las referencias a la amplitud de los panoramas, a las peladas cuestas y al predominio del cereal. Destaca por su escasa valoración general el monte proveedor de leña y la abundancia de cursos de agua con sus respectivas riberas. Los cuadros de García Lesmes nos pueden ayudar a aprehender ese paisaje de hace sesenta años, tan modificado; las cuestas están siempre peladas y a menudo erosionadas; los secanos son omnipresentes; no hay hitos tecnológico-ingenieriles (grandes antenas, depósitos de agua, silos, factorías, etc) ni elementos distorsionantes del paisaje como por ejemplo las líneas eléctricas de alta tensión; no se aprecia la existencia de vegetación en las lindes, a excepción de algunas líneas de almendros en Valladolid; los pueblos tienen el mismo color que el entorno, etc.

La cultura de la clorofila

Desde el desarrollismo de los sesenta y setenta y el nacimiento del llamado movimiento ecologista, la puesta en valor de los espacios arbolados, poco humanizados, donde la vida silvestre tiene menos dificultades para su normal desarrollo, supone cierto abandono del ensalzamiento de los rasos, los campos de cultivo, las texturas finas, el amarillo, frente al creciente valor del arbolado, los montes, las texturas gruesas, el verde. Algunos autores vienen a denominar este cambio como el triunfo de la visión clorofílica, de origen eminentemente urbano.

En realidad, la valoración del bosque tiene su inicio en la Ilustración, que se enfrentó a los prejuicios medievales (insalubridad, peligros...) y convirtió al árbol en el símbolo de la lozanía y el vigor de la naturaleza. De ahí la anotación de Ponz en su Viaje de España:

«[...] la escasez de árboles que se nota en tan vastas llanuras como se descubren; cosa extremadamente ingrata a la vista de los forasteros, que están acostumbrados a ver países llenos de frondosidad y hermosura [...] ¿quién duda que la falta de árboles da un aspecto hórrido a los campos, y en la imaginación de los viajeros imprime ideas áridas, y destierra el deleite, que hace breve y apacible cualquier camino, por largo y fragoso que sea?».

Por otro lado, el monte, enmarcado en las grandes fincas de coto redondo, siempre había sido valorado como elemento de prestigio entre las clases dirigentes, vinculado a la caza y otros usos. Desde principios del siglo presente, la burguesía vallisoletana va instalando sus casas de campo y grandes fincas de recreo y de producción en un amplio entorno, en todo tipo de lugares. Paulatinamente, las clases medias -insertas en la cultura de la clorofila- imitan este fenómeno, ocupando menos espacio unitario pero siendo relativamente más selectivos; se valoran otros elementos como las arboledas, los cursos de agua, las vistas, la conectividad, etcétera.

Por otro lado, no puede olvidarse que a lo largo del presente siglo el

crecimiento del terrazgo en regadío, basado tanto en la construcción de canales y acequias como en los pozos y sondeos, ha sido el causante de la expansión de los espacios donde el color verde se impone. Una foto aérea o una imagen de satélite muestran con muchísima claridad la gran extensión de las manchas verdes, tanto las relacionadas con la presencia del agua como las que corresponden con la tierra pinariega.

Desde mediados del presente siglo, las repoblaciones forestales basadas en el pino carrasco para crear montes protectores en las cuestas de los páramos paulatinamente han conseguido tornar el aspecto de éstas; de peladas laderas, donde aparecían los materiales terciarios al desnudo y la erosión era más realidad que riesgo, las cuestas han pasado a ser franjas verdes en los horizontes de los valles y campiñas. Hoy en día, las cuestas cubiertas de pináceas y quercíneas son uno de los valores paisajísticos más notables de Valladolid y entorno, y cuesta hacerse a la idea de cómo eran las peladas cuestas de antaño¹⁹.

Hoy en día, se está en proceso de redescubrir que Valladolid (o Pucela, como también se la llama) es un lugar de aguas²⁰. No solamente estamos ante la confluencia de los grandes ríos Duero y Pisuerga con los tramos finales de sus afluentes Cega, Adaja y sobre todo Esgueva, sino que además se manifiesta el área de descarga del acuífero de Los Arenales (lagunas, sectores inundables, pastizales) y existen los canales de Castilla y del Duero, con sus acequias para el riego de las tierras.

¹⁹ Acúdase para ello a las primeras colecciones de fotografías. Por ejemplo, la postal de Simancas; una vista fotográfica del castillo desde la torre de la iglesia, con un fondo informe que no es sino la cuesta del páramo de Simancas, sin vegetación alguna y con una franja inclinada y mal definida que ha de ser la antigua Cañada Real de Puente Duero y de los Páramos.

²⁰ Algunos autores defienden el carácter de hidrónimo del término popular Pucela, cuyo significado étimo está en discusión, basándose en la existencia del área húmeda del Prado de La Magdalena y en la presencia directa del Río Esgueva con sus ramales atravesando la ciudad.



Ilustración 1. Vista de Valladolid. Grabado holandés del siglo XVII, de Pieter van der Berge.

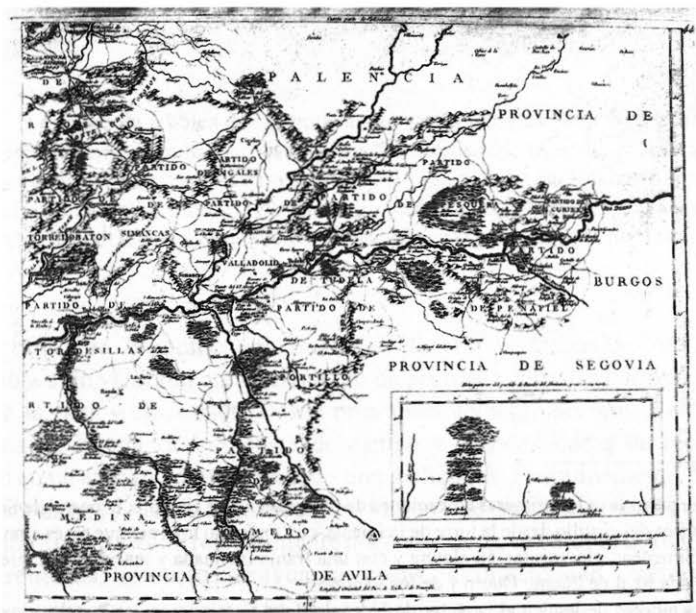


Ilustración 2. Mapa de la provincia de Valladolid de 1779.



Ilustración 3. Plano de Valladolid y sus cercanías, de la obra *Viaje pintoresco e histórico de España*, de Alexander Laborde, 1806-1820.



Ilustración 4. «Valladolid: vista general» (principios del siglo XX).



Ilustración 5. «Valladolid. Archivo de Simancas» (imagen histórica).